

consume entre sus llamas toda la escoria de los vapores de la carne, todo el pestilente humor de los pecados: *Lampades ejus, lampades ignis, atque flammarum*. El fuego de los rayos no se detiene en las nubes, rómpelas con vigorosa diligencia arrojando á todas partes luces de claridad y de terror. Así el fuego del amor divino, cuando habita en nuestros corazones, es en ellos un manantial fecundo de obras santas: *Amor Dei operatur magna, si est; si autem operari renuit, amor non est*. En la dichosa alma que posee este precioso don, se ha destruido enteramente el reino del pecado y establecido el de las virtudes. Es un jardín delicioso que arrebatara en su favor la beneficencia infinita, y sobre el que cae en copiosos raudales el suave rocío de la gracia.

Oíd el primero y fundamental precepto de la ley de Jesucristo, publicado por este divino Maestro en unos términos, que parecieron misteriosos al P. San Agustín:—Amarás, dijo al que le preguntó, ¿cuál es el mayor precepto de la ley? amarás á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.—Este es el primer precepto. El segundo, semejante á este, es el amor de tu prójimo —Amarás á tu prójimo como á tí mismo.—Si he de amar á Dios, dice este Padre, con todo mi corazón, ¿qué parte he de dar en él á mi prójimo? Si mi alma, mi corazón, mis fuerzas han de emplearse en vuestro amor, ¿qué me queda, Señor, para amar á mi hermano? Si todo lo quereis para vuestro amor, ¿por qué me obligais al de mi prójimo? Pero observemos que uno mismo es el precepto de amor hácia Dios y hácia nuestro hermano. Este Señor misericordioso cede una parte del amor que le debemos en favor de nuestros semejantes. Este es, dijo el Evangelista, el mandato que hemos recibido del Señor, que el que le ame, ame también á su hermano. De manera que el que falta al amor de su prójimo, miente si dijere que ama á su Dios. De aquí podemos inferir la grandeza de este precepto, y que siendo uno mismo con el del amor de Dios, es el primero y fundamental del Evangelio.»

ENCARNACION DEL VERBO.

«Fue la encarnacion del divino Verbo una admirable invencion de su subiduría para satisfacer á un mismo tiempo al amor debido á su eterno Padre y al del hombre. ¡Qué tierna y afectuosa batalla admiramos en el amoroso corazón del Verbo eterno, cuando piensa venir al mundo para redimir al hombre! Por una parte le detiene su infinito amor á su eterno Padre, que viéndole desde la eternidad, no puede sufrir su dolorosa separacion: por otra le urge el amor al hombre, cuya salud pende necesariamente de su venida al mundo. Quiere comunicarnos sus dones, y siendo el mayor y mas conveniente á nuestra felicidad el de su venida, desea dárseos y redimirnos. Este inefable amor inclina hácia nosotros la misericordia de su Padre y le determina á darnos su hijo. Pero la Sabiduría saca de sus profundísimos abismos un admirable artificio para que se satisfaga á un mismo tiempo al amor del Padre y al del hombre. El divino Verbo viene en hábito y forma humana, pero sin apartarse del seno amoroso de su Padre, en el que ha descansado eternamente: viene al mundo ocultando su divinidad con los velos de la miseria humana, y en su ser divino permanece al lado de su eterno Padre. El que era la figura de su sustancia sin dejar de serlo, tomó la figura de la carne en el seno de una virgen. El mismo que habita en los cielos descende á la tierra y habita con el hombre.»

NATIVIDAD DEL SEÑOR.

«Viniendo nuestro soberano y divino médico Jesucristo á curar las principales y mortales liagas de nuestra naturaleza, debía en sus disposiciones y ejemplos aplicarles contrarias y eficaces medicinas. Para esto nace pobre, humilde y afligido. ¡Oh! ¿cómo curaria nuestra soberbia, si naciese entre la pompa y fausto de las magestades mundanas? ¿cómo desterraría la codicia del mundo, si viniese lleno de riquezas tem-



porales? cómo condenaría las perniciosas delicias, si naciese lleno de placer y de contento? Pero con ejemplo tan eficaz, ¿cómo tendrán ya imperio en el hombre estas pasiones vergonzosas? ¿habrá cristiano tan desnudo de razón que siga la voz de estos perniciosos amores, viendo á Jesucristo, gloria del cielo y criador del universo, en figura y hábito tan pobre que no tiene donde reclinar su cabeza? ¿viéndole tan afligido, tan desnudo y tan despreciable? ¿Qué soberbia, dice San Agustín, resistirá el ejemplo de la humildad del Hijo de Dios? ¿qué avaricia el de tan estremada pobreza? ¿qué apetito el de la aspereza con que trata su carne sacratísima? Si el enfermo, pues, se alegra á la vista del médico, y tanto mas se alegra cuanto mas le vé venir en aquella forma y con aquellos medicamentos que mas convienen para su salud, llénese de gozo Jerusalem viendo venir á Jesucristo pobre, abatido y despreciable; pues este traje, esta figura es la mas conducente para su remedio.

No quiere este Príncipe humilde nacer en un palacio suntuoso, sino en un establo: no quiere un lecho ricamente preparado, sino un pesebre y unos pobres y toscos pañales que apenas cubran su desnudez. No escogió para madre una mujer rica y poderosa, sino pobre y desposada con un pobre carpintero. No eligió para discípulos y compañeros hombres sábios, ilustres ó ricos, sino ignorantes y despreciables pescadores. Nunca tuvo casa propia, ni aun donde reclinar su cabeza. Caminaudo siempre de una á otra parte, jamás usó caballos ni carrozas, sino sus propios piés. Fatigado y lleno de cansancio, no buscó otro apoyo que el brocal de un pozo ó el duro leño de una pobre navecilla. Su trato y conversacion no fué con los grandes del mundo, sino con los pobres y abatidos. Se abraza tiernamente con los niños y fulmina terribles amenazas contra los que los desprecian.»

P. Fr. Diego Estella.

Este ilustre escritor de la escuela mística, nació en Estella el año 1524. Hizo sus primeros estudios en la universidad de Tolosa, y mas tarde, habiéndose trasladado á Salamanca, se distinguió mucho en esta ciudad, centro entonces de los ingenios mas esclarecidos y de los mas sábios varones de toda España.

Cansado de las vanidades de la tierra, determinó abrazar el camino de la perfeccion, tomando el hábito de religioso en Salamanca, en el convento de frailes menores de la observancia regular; no dejando por esto de brillar en la cátedra y en el púlpito. Felipe II nombró al P. Estella predicador, teólogo y consultor de la corte; el Cardenal Granvela le hizo su confesor, y por último, el privado Ruiz Gomez de Silva lo distinguió con señaladas deferencias y respetuosas atenciones.

No faltaron al P. Estella enemigos de su fama y su virtud; salió victorioso de estas contrariedades, merced á su carácter enérgico y rectitud.

Las obras mas notables de este escritor ascético, son: 1.º Un tratado dividido en tres partes sobre *La vanidad del mundo*. 2.º Otro sobre *Las cien meditaciones del amor de Dios*. Y 3.º *La vida y escelencias de San Juan Evangelista*. Compuso varias otras obras en latin, entre las cuales podemos citar: 1.º *Opuscula varia et comentaria super Lucam*. 2.º *Tabulæ rerum omnium ad evangelia totius anni distributæ*. Y 3.º *Modus concionandi, et comentaria super psalmum CXXXVI*.

Mientras el P. Estella, dice un crítico, componia y publicaba estos escritos, confirmaba con su conducta la utilidad y



verdad de la doctrina que predicaba, siendo el asunto de sus ordinarias conversaciones el amor de Dios y las efímeras vanidades del mundo. El P. Estella murió en opinión de santo en el mes de Agosto del año 1578.

Ved aquí algunos pasajes de los trabajos oratorios de este insigne escritor:

« Mi paz os doy y mi paz os dejo, dice el Señor. En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda. El amor de las cosas terrenales es liga de las penas espirituales; los amores del mundo viven en continuo tormento. Rueda es el mundo que siempre dá vueltas, y volviendo mata á sus amadores. Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazón; ama á Dios, y tendrás vida; niegate á tí mismo, y conseguirás la paz verdadera.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el sábio. Vi todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad. Con razon este mundo es llamado hipócrita por el Señor, pues si la apariencia es buena, todo en el fondo es vanidad y corrupcion.... No pongas en su amor fija el áncora de tu corazón. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en las muestras de su robustez, y el cuerpo en su frescura; quebrad una caña, y dentro hallareis ser hueca y vana. No te engañe el mundo, ni se ceben tus ojos en su aparente verdura y hermosura; porque si cierto quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuese abierto, sería visto ser falso y vano. Porque cuanto hay en él es pasado, presente ó futuro; y lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es inestable y momentáneo; vanidad es esperar en él, y vanidad grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios, y vanidad es por

cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas mundanas.... todo, finalmente, es vanidad, sino á solo Dios amar y servir.

Pasan los días de la vida sin los echar de ver, andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad, en aquellos á quienes hiciste bien, hallaste ingratitud, y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira cómo has perdido cuanto has hecho.

Nuestras vidas son como rios, que corren al mar de la muerte; las aguas de los rios son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar; dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga cuando lleguen á la muerte. El paradero de las sabrosas aguas de los rios es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedia. Las vanidades que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rematarse en tristezas y pesares; comienzan en bien y acaban en mal; la entrada es alegre, y muy triste la salida... breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta....

Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin; no mires á lo que ahora eres, sino á lo que has de ser; no mires á la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de venir á parar toda esa hermosura.

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame; y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, la verdura de los campos, la diversidad de las flores, la variedad de los colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron. ¡Oh Dios de mi corazón y esposo de mi alma! me dicen que te ame, y todo cuanto veo me convida con tu amor. No puedo abrir mis ojos sin



ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad; porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres.»

Los trozos que del P. Estella acabamos de transcribir, no necesitan elogios, por sí mismos se elogian; hay profundidad, conocimiento del mundo, alta filosofía y un decir demasiado sóbrio, pero no por esto falto de belleza y de armonía. De cada uno de los períodos es fácil sacar innumerables enseñanzas; se diluye un pensamiento, una idea, pero es para confirmarla; hay repeticiones, pero se vé que son necesarias. El autor está convencido, pero es preciso que convenza á sus oyentes; tantas pruebas se encaminan á lograr la persuasión por caminos distintos, y esto es un recurso oratorio digno de elogio, y que prueba la abundancia de la verdad que se intenta demostrar.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

Este pio y doctísimo escritor nació en Madrid el año 1595, llegando á ser uno de los más celebrados discípulos de las universidades de Alcalá y Salamanca, por su doctrina, ingenio, erudición y mística elocuencia. El año 1614 ingresó en el instituto de la Compañía de Jesús, señalándose entre los varones de su orden por sus estudios, su vida ejemplar y sus servicios á la causa de la verdad, de que son elocuente testimonio los escritos que de él se conservan, entre los cuales se han publicado: 1.º *Obras y Dias, Manual de señores y príncipes*, impreso por vez primera el año 1629 y posteriormente en 1641. 2.º *Diferencia entre lo temporal y lo eterno, vida divina y camino real para la perfección*, im-

preso en 1633. 3.º *Centurias de dictámenes prudentes y reales*, año 1633. 4.º *Prodigios del amor divino*, 1641, 5.º *Curia filosófica*, 1643. 6.º *Corona virtuosa y virtud coronada*, 1643. 7.º *Aprecio de la gracia*, 1643. 8.º *Tratado de la constancia en la virtud*, impresión de 1647.

Para dar una idea del estilo y de la índole de los trabajos del P. Nieremberg, trasladaremos algunos trozos que nos han parecido de verdadero interés, tomados de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, en nuestro concepto una de sus mejores obras:

«De otra manera declara San Bernardo la eternidad (1), diciendo, que es *la que abraza todo tiempo*, el pasado, el presente y el futuro; porque no hay días, ni años, ni siglos que harten á la eternidad; ella sola se sorbe todos los tiempos posibles é imaginables, y le queda estómago para más. Fuera de esto, abraza todo tiempo, porque goza cada instante lo que ha de gozar en todo tiempo, por lo cual llamó Marsilio Ficino á la eternidad momento eterno; y nuestro Leonardo Lesio dijo, que era juntamente larguísima y brevisima. Es larguísima, porque sobrepuja á todo tiempo y durará infinitos espacios; es brevisima, porque en un instante de tiempo tiene lo que puede tener por tiempo infinito; porque así como el tiempo es un instante que vuela y pasa, porque no hay del tiempo más que el instante presente, el cual está siempre corriendo y mudándose de uno en otro cada paso y momento, así la eternidad no es más que un instante, que permanece y que está siempre fijo y estable; porque en ella están todas las cosas juntas y consistentes siempre en un mismo estado; por ella pasan todos los tiempos, y sucediéndose unos á otros, ella está presente y perseverante á todos.

(1) *Sermon I in fest Omn. Sanct.*



El tiempo, y todas las cosas temporales, son como un arrebatado río, en el cual con mucha priesa van corriendo unas olas y otras sin cesar de estarse mudando perpétuamente; pero la eternidad es como una roca firmísima, ó la madre del mismo río por donde pasan las aguas, que corriendo por ella unas y otras sin volver mas á parecer, ella se está siempre en un mismo lugar. Así son todas las cosas temporales, que sin permanencia, ni consistencia alguna van sin volver jamás, pasando muy apriesa á la presencia de la eternidad; y como la madre del río, con estar parada, contiene todas las aguas que corren en el río, así la eternidad abarca á todos los tiempos que pasan por ella.

Es tambien la eternidad como el punto que está en el centro de un círculo: él corresponde á toda la circunferencia del mismo círculo y á cada uno de sus puntos, y se los está mirando igualmente: de la misma manera la eternidad corresponde á todo tiempo y á todos los instantes de tiempo, y tiene presente, con modo maravilloso, lo que por todos los siglos ha de tener. Y así es un instante, que equivale á infinitos tiempos, porque no tiene una parte despues de otra, sino toda su estension la tiene recogida en un instante, de suerte que en cada momento de tiempo tiene todo junto cuanto se estendiere por infinitas distancias del tiempo; porque así como la inmensidad de Dios tiene en un punto toda la grandeza divina, que sin término ni linde se dilata por todas partes, de suerte que no tiene menos en un punto que en millones de leguas, así tambien la eternidad recoge en un instante toda la duracion divina, aunque se estiende por tiempo infinito, y esto participan las criaturas racionales en la otra vida, en el modo que son capaces, quanto á lo esencial de su gloria ó pena y conforme á su capacidad.

.....  
Debemos tambien considerar lo que es sin duda asombro, todo lo que ha de pasar en el momento de la muerte, para el cual nos dan el tiempo de esta vida, y del cual depende lo

eterno de la otra. ¡Oh tremendo punto, que es fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante, en el cual se cierra el plazo de esta vida y se determina el negocio de nuestra salvacion! ¡Oh momento del cual pende la eternidad, y cómo debes estar ahora con provecho en nuestra memoria para que no lo estés despues con nuestro arrepentimiento y sin utilidad alguna! ¡Cuántas cosas han de pasar en tí? En un instante se acaba esta vida, y en él se resuelven todas las obras de ella y se dá la sentencia que se ha de ejecutar eternamente ¡Oh último momento de la vida y primero de la eternidad, qué temeroso eres, pues en tí no solo se deja la vida, sino que se dá cuenta de ella y se entra en region no conocida! En momento tengo de dejar de vivir, y en él tengo de ver á mi Juez; en él se me han de mostrar mis pecados con toda su gravedad y muchedumbre; en él se me ha de hacer estrecho cargo de todos los beneficios divinos, y se ha de pronunciar la sentencia de mi salvacion ó de mi condenacion eterna.

Asombro es que para tan importantes cosas no se dé mas tiempo que un punto de tiempo, y que no haya lugar de réplica, ni diligencia, ni apelacion. ¡Oh tremendo momento del cual pende tanto! ¡Oh momento, el de mas importancia que tendré en tiempo y eternidad! Admirable es la suma sabiduría de Dios, que puso un punto en medio del tiempo y de la eternidad, al cual se enderece todo el tiempo de esta vida, y del cual depende toda la eternidad de la otra. ¡Oh momento, que ni eres tiempo ni eres eternidad, sino el horizonte del tiempo y la eternidad, que partes lo temporal y eterno! ¡Oh qué estrecho momento y qué dilatado punto, donde se concluyen tantas cosas y se dá tan estrecha cuenta, donde se oye tan rigurosa sentencia que se ejecutará siempre! Extraño caso que el negocio de la eternidad se haya de resolver en un momento sin dar lugar á diligencia, cuando no podrás acudir á los santos del cielo, ni á los sacerdotes de la tierra; ni aquellos rogarán por tí, ni estos te darán absolucion,



porque el rigor del Juez en el punto que espire, no dará lugar á misericordia. San Juan dice (1), que de la presencia del Juez huiria la tierra y el cielo. ¿Qué podrás tú hacer, que no podrás huir, y eres contra quien es el pleito? Dícese que huirán en aquel punto el cielo y la tierra, porque ni los santos del cielo te favorecerán con sus intercesiones, ni los sacerdotes de la tierra te podrán acudir con los Sacramentos de la Iglesia, porque de nada habrá lugar, ni habrá quien te ayude. ¿Qué diera entonces un pecador por poder pedir confesion? Ya no habrá lugar de nada, y lo que entonces te estuviera bien, y ahora desprecias, no podrás hacer; prevente en tiempo cuando te puedes ayudar, y no aguardes al punto, donde nadie te ayudará: ahora puedes ayudarte: ahora quieren los santos favorecerte, no aguardes al momento, donde ni tú podrás, ni los santos querrán.

.....  
¿Qué harán en esta turbacion los hombres? ¿Qué dirán todos atónitos y pálidos como la muerte? ¿Qué consuelo tendrán? ¿Estaránse mirando unos á otros, y cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imagen de la muerte? ¿Qué pavor y miedo concebirán con esto, temiendo el espantoso fin y suceso que tan horrendos prodigios y monstruosidades naturales significan? Cesarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie pasatiempo, ningun codicioso cuidará de sus tesoros, no habrá quien pare en los palacios de los reyes, aun de comer y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. ¿Quién hará caso allí de su linaje, quién de la nobleza de sus armas y de su sabiduría y talento? ¿Quién se acordará allí de la hermosura, quién del edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus

(1) Apoc. 20. A cujus conspectu fugit terra, et Cœlum.

cosas no hará memoria, ¿quién se acordará de las ajenas? ¿Qué memoria habrá allí de las hazañas de Alejandro Magno, de la sabiduría de Aristóteles y de todos los mas afamados del mundo, cuya fama quedará desde entonces sepultada para siempre y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, cuando en una brava tempestad están á pique de hundirse, ¿cómo están asustados por ver alterado el elemento del agua? ¿Qué afliccion tienen, cuántas plegarias hacen, cuán desinteresados están de las cosas de la tierra, pues echan sus mismas haciendas en el mar? ¿Pues cómo estarán los hombres, cuando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el cielo y la tierra con mil prodigios? Cuando el sol se les ponga de luto, y cause horror con sus tinieblas, y la luna toda se ensangrienta, y las estrellas se desgajen, y la tierra les sacuda de sí con la inquietud de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos les derriben de su estado y los rayos espesos les asombren, ¿que harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas tan espantosas?

.....  
¿Qué honra será esta de la otra vida, cuando se vea dar en premio de su santidad á los justos, no menor prenda que el mismo Dios! La naturaleza de la honra, es ser premio de la virtud; y cuando un poderoso rey diese mas á un grande capitán, por galardón de sus servicios, tanto mas honra le hace. ¿Pues qué honra será, que no solo dé Dios á los que le sirvieron, que pisen las estrellas, que habiten los palacios del cielo, que sean señores del mundo, sino que trascendiendo todo lo criado, no hallando entre todas sus riquezas bastante premio para honrarlos, sino su misma esencia infinita, que se les dé para poseer y gozar, no por un dia, si no por toda una eternidad? La mayor honra que hacian los romanos á sus grandes capitanes, era darles un dia de triunfo, y en él una corona de yerbas ú hojas de árboles, que á otro dia se secaban.